

cidos por el tiempo sin límites ó por el Eterno. *Zend-Avesta*, t. 1, 2ª part., p. 414; t. 2, p. 343 y 344. En las *Mem. de la Acad. de las Inscript.*, t. 69, en 12º, p. 123, M. Anquetil ha trabajado en hacer ver que Zoroastro admitía la creación propiamente dicha.

Nunca se probará que los hebreos hayan considerado á la buena y mala fortuna como dos personajes eternos, independientes y creadores; tampoco es esta la opinion de los astrólogos, que han distinguido buenas y malas influencias de las estrellas y de los planetas.

Confesamos que los paganos en general han honrado á dioses maléficis; pero tambien creían que el mismo Dios enviaba unas veces beneficios á un pueblo para recompensar su piedad, y otras veces desgracias para vengarse una ofensa. El mismo Júpiter, á quien se atribuía una victoria ganada, estaba tambien armado con el rayo para hacer temblar á los hombres. Homero supone que ante el palacio de Júpiter hay dos toneles, de los cuales saca este dios alternativamente los bienes y los males que derrama en la tierra, este es su principal empleo. Los griegos y los romanos creían que las divinidades infernales no podían atormentar á los hombres, sino permitiéndolo el mismo Júpiter. No es este el sistema de los dualistas. Por eso Fausto el maniqueo negaba formalmente que la opinion de su secta concerniente á los dos principios proviniese de los paganos. San Agust., *Contra Faustum*, l. 20, c. 3. ¿Se fundan bien los incrédulos cuando sostienen que entre nosotros el pueblo es maniqueo, porque atribuye con frecuencia al demonio las desgracias que le suceden?

En cuanto á los filósofos, tales como Pitágoras y Platon, un sabio académico ha hecho ver que admitían en efecto dos principios eternos de todas las cosas, Dios y la materia, y que suponían en esta una alma distinta de Dios; pero observa que habia muchas diferencias entre su sistema y el de los magos, y que los académicos, los epicúreos y otras sectas no seguían ni á Pitágoras, ni á Platon. *Mem. de la Acad. de las Inscript.*, t. 50, en 12º, p. 335 y 337. Tampoco vemos el dualismo sostenido en los *schasteros* de los indios, ni en el Chou-King de los chinos. No es por consiguiente un sistema tan extendido como lo suponen Beausobre, Windet, Spencer y otros críticos.

Preciso es confesar que antes de Manés lo habian adoptado Basilides, Valentino, Bardesanes, Marcion y otros gnósticos del segundo siglo; y es probable que todos lo hayan to-

mado en el mismo origen, entre los magos de Persia y demás filósofos orientales. Mas parece que habian variado un punto esencial, y que no admitían, como Zoroastro, que los dos principios hubiesen sido criados por el Eterno; parece que los supusieron á ambos eternos é increados.

Sea lo que fuere, Manés, para reducirlos á su opinion, buscó en la Sagrada Escritura todo lo que le pareció á proposito para confirmarlos. Vió que el demonio es llamado la potencia de las tinieblas, el príncipe de este mundo, el padre de la mentira, el autor del pecado y de la muerte; concluyó de aquí que ese era el mal principio que buscaba. El Evangelio dice que un buen árbol no puede producir mal fruto; que el demonio es siempre embustero como su padre. *Joan.*, VIII, 44. Luego, dice Manés, Dios no puede ser el padre ni el creador del demonio. Creyó advertir mucha oposicion entre el antiguo y nuevo Testamento; sostuvo que estas dos leyes no podían ser la obra del mismo Dios, Jesucristo habia prometido á sus apóstoles el Espíritu *paraceto* ó consolador: soy yo, dice Manés, ese enviado del cielo, y empezó á predicar.

Uno de los primeros adversarios que encontró fué Arquelao, obispo de Charcar ó Cascar, en la Mesopotamia. Este habia entrado en conferencia con Manés hácia el año 277, le probó que no era enviado de Dios, que no tenia signo alguno de mision, que su doctrina era directamente contraria á la Escritura Sagrada y absurda en sí misma. Las actas de esta conferencia subsisten aun, y han sido publicadas por Zacagni. *Collectan. monum. vet. Eccl. græcæ et latinæ*, en 4º, Romæ, 1698. De estas actas habia sacado Sócrates lo que dice de Manés y de sus opiniones. San Cirilo de Jerusalen, *Cat.* 6, y S. Epifanio, *Hær.* 26, parecen haberlos consultado tambien. Beausobre ha querido sin fundamento poner en duda la autenticidad de este monumento, porque contiene cosas opuestas á sus ideas; pero si las razones que oponden fueran sólidas, no habria un solo libro antiguo cuya autenticidad no pudiera contradecirse. Manés confundido se vió obligado á alejarse y volver á Persia. Unos dicen que Sapor le hizo matar, otros pretenden que fué Varanes I ó Varanes II, sucesores de Sapor. Pero dejó discípulos que tuvieron mas fortuna que él; fueron á Egipto, á Siria, al fondo de la Persia y á la India á llevar la doctrina de su maestro.

II. *Errorés enseñados por los maniqueos.* Los discípulos de Manés no se contrajeron á

seguir su doctrina en todo, sino que cada uno la dispuso del modo que le pareció mas propio para seducir á los ignorantes: Teodoro contó mas de setenta sectas de maniqueos, que, conformes en la creencia de los dos principios, no se avenían ni con respecto á la naturaleza de estos dos seres, ni sobre sus operaciones, ni sobre las consecuencias especulativas ó morales que de ellos deducían. Esta observacion es esencial. Como los gnósticos estaban divididos tambien en varias sectas, y la mayor parte de ellos se reunieron á los maniqueos, no debe causar extrañeza la multitud de errores que juntaron: desde el siglo III, varios partidos de estos se llamaron *braquitas*; este nombre puede significar vil y despreciable.

Por la fórmula de retractacion que obligaban á hacer á los maniqueos, cuando volvían á la Iglesia católica, se ve cuál era su creencia; Cotelier la ha dado en el t. 1 de los *PP. apostólicos*, p. 543 y sig. Son los mismos errores que Manés habia sostenido en su conferencia con Arquelao. Segun su opinion, las almas ó los espíritus son una emanacion del buen principio, que ellos miraban como una luz increada; y todos los cuerpos han sido formados por el mal principio á quien llamaban Satanás y la potestad de las tinieblas. Decían que hay porciones de luz encerradas en todos los cuerpos de la naturaleza, que les comunican movimiento y vida, y que así todos los cuerpos están animados; que estas almas no pueden reunirse al buen principio sino cuando han sido purificadas por diferentes transmigraciones de un cuerpo á otro; por consiguiente negaban la resurreccion futura y los suplicios del infierno. Hacían contra la historia de la creacion una multitud de objeciones que los incrédulos repiten aun en el día y explicaban la formacion de Adán y Eva de un modo absurdo.

Como, segun su parecer, las almas ó las porciones de luz se hallaban por medio de la generacion mas estrechamente unidas á la materia que antes, condenaban el matrimonio, porque no contribuye, decían, mas que á perpetuar la esclavitud de las almas. Pero se les acusó de permitirse todas las torpezas que puede inspirar la pasion del deleite, lo mismo que ya se habia inculcado á los gnósticos: es el escollo en que han caído todas las sectas que han osado reprimir la union legítima de ambos sexos.

Ya que creían animadas las plantas y los árboles, era un crimen, segun ellos, recoger un fruto ó cortar una brizna de hierba; pero se permitían comer lo que habia sido cogi-

do, cortado ó arrancado por otros, con tal que hiciesen profesion de detestar este pretendido crimen. Algunos de ellos juzgaron por lo contrario que hacían una obra buena, libertando así á un alma de los lazos que la unían á la materia. Por la misma razon, hubieran debido aprobar la accion de matar á los animales y aun el homicidio; pero ¿qué herejes son los que hayan razonado con consecuencia?

Parece que consideraban la persona del Verbo divino, ó mas bien el alma de Jesucristo, como una porcion de luz divina, semejante en su naturaleza á las demás almas, aunque mas perfecta; así es que su doctrina con respecto á la santísima Trinidad estaba muy lejos de ser ortodoxa. Sostenían que el Hijo de Dios solo habia encarnado en apariencia; que su nacimiento, sus padecimientos, su muerte, su resurreccion, su ascension no habian sido mas que aparentes; así lo habian sostenido ya varios herejes antiguos. En su consecuencia, los maniqueos no tributaban culto alguno á la cruz ni á la Santísima Virgen; pretendían que el alma de Jesucristo se habia unido al sol, así como tambien se dirigían allí las de los justos; por eso honraban al sol y á los astros, no solo como el simbolo de luz eterna y como la morada de las almas puras, sino tambien como la misma sustancia de Dios.

Como pretendían que las almas se purificaban por medio de la trasmigracion, no se advierte qué virtud podían atribuir al bautismo ni á los demás sacramentos; por eso empleaban otras ceremonias hechas por sus escogidos ó sus pretendidos obispos, á los cuales atribuían el poder de borrar todos los pecados; fueron acusados tambien de practicar una especie de eucaristía abominable. Beausobre sostiene que es una calumnia; pero las pruebas que aduce no son muy convincentes, ni los justifica mejor contra la acusacion de magia que frecuentemente se ha renovado. Mosheim sostiene que esta práctica detestable era una consecuencia inevitable de los principios de los maniqueos. *Instit. Hist. christ.*, 2ª parte, c. 5, p. 351.

Confesaban que Jesucristo ha dado á los hombres una ley mas perfecta que la antigua, y aun se ocupaban en desacreditar todas las leyes é instituciones de Moisés, en oscurecer todas las acciones de los personajes del antiguo Testamento, y en hallar contradicciones entre este y el Evangelio. Esto lo habian hecho antes que ellos Basilides, Carpócrates, Appéles, Cerdon y Marcion. S. Agustín, *contra adv. legis et proph.*, l. 2, c. 42, n. 39. No tenían los maniqueos mas respeto á los santos del cristia-

nismo ni á sus imágenes, que á los de la antigua ley; pero ensalzaban hasta las nubes y respetaban extremadamente á sus propios doctores. Alteraban á su antojo el texto de los Evangelios y de las Epístolas de S. Pablo: sostenían que los pasajes de estos libros que se les oponían habían sido corrompidos; compusieron otro evangelio y otros libros, y los pusieron en manos de sus prosélitos, ó por lo menos adoptaron libros apócrifos forjados por otros.

Todas estas impiedades hubieran repugnado á los hombres de buen sentido, si se las hubiesen presentado al descubierto; pero ninguna secta de herejes ha sabido disfrazar tan bien su doctrina y sorprender la credulidad de los que quería seducir, como la de los maniqueos. Para engañar á los católicos, afectaban servirse de las expresiones de la Sagrada Escritura y de los términos usados en la Iglesia. Fingían admitir el bautismo, entendiendo por esto al mismo Jesucristo que ha dicho: *Soy una fuente de agua viva*; recibir la eucaristía, y eran las palabras de Jesucristo, que son el pan de la vida; honrar la cruz, y era á Jesucristo con los brazos extendidos; honrar á la *Madre de Dios*, designando con esto la Jerusalén celestial; respetar á S. Pablo y S. Juan, pero daban este nombre á dos personajes de su secta, etc. Adulaban á sus discípulos, poniendo en sus manos los libros santos acomodados á su doctrina, y vituperando á los obispos de la Iglesia católica, que prohibían, según ellos decían, su lectura al pueblo. Manés no era quizá el autor de todos estos embustes; pero sus secuaces los usaron muchas veces.

Uno de sus doctores, llamado Aristócrito, enseñaba que en el fondo las religiones paganas, judía y cristiana convenían en el principio y en los dogmas, que no se diferenciaban más que en las voces y en algunas ceremonias. En todas partes, decía, se cree en un Dios supremo y en espíritus inferiores; en todas partes hay penas y recompensas para otra vida; en todas partes se ven templos, sacrificios, sacramentos, oraciones, ofrendas, etc.; solo se trata de percibir bien su sentido. Este artificio se puso en práctica por otros varios herejes.

Los maniqueos, perseguidos y castigados desde su origen, creyeron permitidos el disimulo, la mentira, el perjurio, las falsas profesiones de fe. Algunos tuvieron la audacia de acusar á Jesucristo de crueldad, porque dijo: « Si me reniega alguno ante los hombres, lo renegaré yo ante mi Padre. » Sostuvieron que estas palabras habían sido añadidas al Evangelio.

Añadamos á estas supercherías la afectación de una moral austera y de una vida mortificada, un exterior modesto y arreglado, una maña singular en disfrazar y desacreditar la doctrina, la conducta, las costumbres del clero católico, el cuidado de conciliar las diferentes sectas separadas de la Iglesia, y contemporizar con ellas, y ya no nos sorprenderá ver al *maniqueísmo* hacer rápidos progresos. No es la única vez que ha tenido buen éxito esta táctica de los herejes. S. Agustín, á pesar de la penetración de su ingenio, cayó en el lazo en su juventud; pero desengañado con la lectura de los libros sagrados, atestiguó que había abrazado el *maniqueísmo* sin conocerlo perfectamente, menos por convicción que por el gusto de contradecir y embarazar á los católicos, porque los corifeos de la secta lisonjaban su vanidad y le colmaban de elogios cuando parecía haber vencido en la disputa. Así es que tuvieron en él, después de su conversión, un adversario temible, que no cesó de desenmascararlos y confundirlos.

A Beausobre le ha parecido sin embargo bien contestar y paliar la mayor parte de los errores atribuidos á los maniqueos; acusa á los PP. de la Iglesia de haberlos exagerado con falso celo, y con el objeto de crearse el derecho de perseguir á aquellos herejes. Por la misma razón los PP. han calumniado sin duda á las diferentes sectas de gnósticos con las cuales se han aliado los *maniqueos*. ¿Pero á quienes debemos más bien dar crédito, á los PP. de la Iglesia que han hablado con los maniqueos, que han leído sus libros, que les han hecho abjurar sus errores cuando se han convertido, ó á un protestante que no ha tenido ninguno de estos medios de conocerlos, y que está interesado en justificarlos en honor de su propia secta?

Como los protestantes han querido darse como predecesores á los sectarios de los siglos XII y XIII, muchos de los cuales eran *maniqueos*, preciso les ha sido adherirse al partido de estos contra la Iglesia católica. Estos herejes rechazaban los sacramentos, el culto de la Santísima Virgen, de los santos, de la cruz, de las imágenes, lo mismo que los protestantes; hé ahí, dicen, estos testigos de la verdad que alcanzan hasta el siglo XIII, y reuniéndolos á los gnósticos llegaremos hasta el tiempo de los apóstoles. Pero estos han condenado á aquellos, luego de antemano proscribieron á los *maniqueos* y toda su posteridad hasta el fin de los siglos. Rechazando los dogmas y las prácticas de que acabamos de hablar, los *maniqueos* han de-

clarado la guerra á la Iglesia católica: luego estos dogmas y prácticas se hallaban establecidos en la Iglesia en el siglo III; no son invenciones modernas, como han querido persuadirlo los protestantes. Los *maniqueos* no querían honrar ni á la Santísima Virgen, ni á la cruz, porque negaban la realidad de la encarnación y de la redención; rechazando nuestros sacramentos, sustituían á ellos otras ceremonias. ¿Suscribirían los protestantes á la misma profesión de fe?

III. *Progresos y duración del maniqueísmo.* Se sabe que los persas eran enemigos jurados del imperio romano: el *maniqueísmo*, nacido en Persia, no podía menos de ser odioso á los emperadores, quienes lo consideraron como un vástago de la religión de los magos. Diocleciano no hizo más gracia á los *maniqueos* que á los cristianos, siendo los primeros tratados con la misma severidad por los emperadores siguientes que habían abrazado el cristianismo. Durante doscientos años, desde 285 hasta 491, estos herejes fueron desterrados del imperio, despojados de sus bienes, sentenciados á perecer con diferentes suplicios; todavía subsisten en el código Teodosiano las leyes que contra ellos se promulgaron. No dejaron de multiplicarse en secreto por los medios de que hemos hablado. A fines del siglo IV había en África *maniqueos* que fueron combatidos por S. Agustín; llegaron á penetrar hasta en España, puesto que Prisciliano enseñó aquí sus errores y los de los gnósticos; sus sectarios se llamaron *priscilianistas*.

En 491, la madre del emperador Anastasio, que era maniquea, hizo suspender en Oriente el efecto de las leyes dadas contra ellos; gozaron así de libertad durante veinte y siete años; pero priváronles de ella Justino y sus sucesores. A mediados del siglo VII, otra maniquea, llamada Galliniza, hizo educar á sus dos hijos Pablo y Juan en sus errores, y los envió á predicar á Armenia. Pablo se hizo célebre por sus progresos, y los maniqueos tomaron allí el nombre de *paucianos*. Tuvo por sucesor á cierto Silvano, que emprendió conciliar el *maniqueísmo* con las expresiones de la Escritura Sagrada, y servirse de un lenguaje ortodoxo; con este artificio hizo creer á una infinidad de personas que su doctrina era el cristianismo más puro. Esta es la nueva forma bajo la cual se reprodujo en lo sucesivo.

Hubo entre tanto cismas entre los paucianos; hacía el año 810 estaban divididos bajo dos jefes, uno de los cuales se llamaba Sergio, y el otro Baanes: los secuaces de este último se llamaron *baanitas*. Se hicieron una

guerra sangrienta, mas fueron reunidos por un tal Teodoreto. La aversión de estos secuaces hacía el culto de la cruz, de los santos y de las imágenes les concilió el afecto de los sarracenos mahometanos, que entonces hacían irrupciones en el imperio: la herejía de los iconoclastas, ó destrozadores de imágenes, que se formó á fines del siglo VIII, provenía de la doctrina de los maniqueos y de la de los mahometanos.

En el año 841, la emperatriz Teodora, ce-loza por el culto de las imágenes, ordenó que los maniqueos fuesen rigurosamente perseguidos: se pretende que perecieron más de cien mil en los suplicios; entonces se ligaron con los sarracenos, construyeron plazas fuertes, y sostuvieron más de una vez la guerra contra los emperadores; pero á fines del siglo IX fueron derrotados en una batalla y completamente dispersos.

Algunos se refugiaron en Bulgaria, y fueron conocidos con el nombre de *búlgaros*; otros penetraron en Italia, fundaron establecimientos en Lombardía, enviaron predicadores á Francia y otras partes. En el año 1022, bajo el rey Roberto, algunos canónigos de Orleans se dejaron seducir por la moral austera y la piedad aparente de los maniqueos; fueron sentenciados al fuego. Esta herejía hizo más progresos en Provenza y en el Langüedoc, sobre todo en la diócesis de Albi, de donde fueron llamados sus secuaces *albigenses*. Los concilios que contra ellos se celebraron, los esfuerzos que se hicieron para convertirlos, la cruzada que se formó para hacerles la guerra, los suplicios á que fueron condenados, no pudieron aniquilarlos. En los siglos XII y XIII, esta secta se reprodujo bajo los nombres de *enriquianos*, *petrobrusianos*, *poplicanos*, *cátharos*, etc. La semilla que habían derramado en Alemania é Inglaterra fué el primer germen de las herejías de los husitas y de los wiclefitas, que han preparado las vías del protestantismo.

En estos últimos tiempos, los maniqueos habían abandonado el dogma fundamental de su secta, la hipótesis de los dos principios; no hablaban ya del mal principio sino como nosotros hablamos del demonio, y hacían notar el imperio de este por la multitud de desórdenes que reinaban en el mundo. Pero habían conservado sus demás errores sobre la encarnación y los sacramentos, su aversión por el culto de los santos, de la cruz y de las imágenes, su odio contra los prelados de la Iglesia católica, y el libertinaje refinado á que conduce comunmente una falsa espiritualidad.

Considerando estas diferentes revoluciones del *maniqueísmo*, algunos escritores han creído que la persecucion constante ejercida contra estos sectarios ha sido la causa principal de su propagacion; nos será permitido pensar de otro modo. No negamos que el secreto y la necesidad de ocultarse sea un atractivo para la curiosidad y aumente el deseo de conocer una doctrina proscrita; pero los maniqueos empleaban bastantes otras mañas para seducir á los sencillos, y ya veremos despues que sus sofismas no podían dejar de fascinar á todos los que no tenían noción alguna de filosofía. Hicieron mas progresos durante la paz de que gozaron bajo el reinado de Anastasio, que durante los tiempos de rigor; se multiplicaban mas en Persia donde los consentian, que en el imperio romano donde eran proscritos; esta secta no se extinguió en el Oriente sino por el espíritu intolerante del *mahometismo*.

Los emperadores cristianos se vieron principalmente determinados á obrar contra ellos, por los crímenes de que se les acusaba; la moral corrompida que se seguía de sus principios, su aversion por el matrimonio y por la agricultura, el libertinaje secreto por cuyo medio seducían á las mujeres, sus perjurios, la licencia con que calumniaban á la Iglesia y á sus ministros, etc., son excesos que no pueden ser tolerados por ningun gobierno sabio. Cuando la emperatriz Teodora los perseguía á sangre y fuego, estaban mezclados con los enemigos del imperio y colocados en las fronteras; la política mas bien que la religion dirigía su conducta. En Africa donde eran débiles y pacíficos, S. Agustin nunca fué de parecer que se usase contra ellos de violencia, ni que se aplicasen las leyes dictadas contra sus predecesores. Cuando se condenó á los suplicios á los priscilianistas de España, S. Leon no desaprobó esta conducta porque su doctrina y su costumbres introducían disturbios en la sociedad civil. Si se obró contra los albigenses, es porque se habían hecho temibles por sus excesos. V. ALBIGENSES, PRISCINIANISTAS. Así, pues, siempre ha sido la conducta de los herejes mas bien que su doctrina la que ha decidido de la templanza ó del rigor con que han sido tratados.

Se dice que si en vez de leyes penales los obispos hubieran escrito buenas refutaciones del *maniqueísmo*, hubiera hecho probablemente menos progresos; tambien es una equivocacion: en todos los siglos ha sido este error refutado con solidez por los PP., como luego lo veremos; y si exceptuamos las dos ó tres épocas de que hemos hablado, las leyes

dadas contra los maniqueos nunca han sido rigurosamente ejecutadas. V. á Tillemont, tom. 4, pág. 407 y siguientes.

IV. *El maniqueísmo es absurdo bajo todos conceptos; no puede resolver la dificultad sacada del origen del mal.* Bayle, que habia empleado todos los recursos de su ingenio á fin de paliar lo absurdo del sistema de los dos principios, se ha visto forzado por fin á conceder que esto no es posible. *Segunda aclarac.* al fin del *Dicc. crit.*, § 5. Hé aquí una parte de las pruebas que lo demuestran, usadas por los PP. de la Iglesia.

1º Es absurdo suponer un Ser eterno, necesario, existente por sí mismo, y no concederle mas que un poder limitado; una necesidad absoluta de ser y sin embargo limitada, es una contradiccion; nada es limitado sin causa; y es sabido que un Ser eterno y necesario no tiene causa. Es mas absurdo todavía admitir un Ser eterno y necesario esencialmente malo: es pretender que el mal es una sustancia ó atributo positivo, lo que es evidentemente falso. Otro absurdo es suponer dos seres eternos y necesarios, independientes uno de otro en cuanto á la existencia, y que sin embargo pueden estorbarse mutuamente é impedirse uno á otro, obrar de un modo conforme á su naturaleza, hacerse recíprocamente descontentos y desgraciados. El Ser eterno y necesario es pues esencialmente único é independiente, dotado de un poder infinito y por consiguiente del poder creador, y en este caso tan poco necesario es admitir un principio como mil, puesto que basta uno solo.

Es un cuarto absurdo imaginar el mal antes de la creacion, cuando no habia aun ningun ser á quien pudiera perjudicar. Por eso mismo Arquelao sostuvo contra Manés, que es imposible que una sustancia sea esencial y absolutamente mala, puesto que el mal no es una cosa positiva sino la privacion de un bien mayor. *Confer. n. 16.* Tertuliano ha hecho los mismos argumentos contra Hermógenes y contra Marcion, y S. Agustin los ha repetido.

2º Manés no era menos ridículo, cuando concebía al buen principio como una luz, y al malo bajo la idea de las tinieblas; la luz es un cuerpo y las tinieblas no son mas que su privacion. ¿Podía señalar la barrera que habia separado *ab eterno* la region de la luz de la de las tinieblas? ¿De qué modo las tinieblas, siendo una privacion, habían podido invadir la region de la luz? Mas bien se concebiría que la luz, con su movimiento, habia hecho una irrupcion en la region de las ti-

nieblas. *Confer. de Arquelao, n. 21* y sig.

Aquel heresiarca carecía de buen sentido cuando decía que las almas ó espíritus son porciones de luz; luego serían cuerpos. El espíritu es un ser simple é indivisible: no puede formar parte de otro espíritu, ni por consiguiente salir de él por emanacion; no puede empezar á ser sino por creacion. ¿El buen principio, ser simple y necesario, ha podido perder una parte de su sustancia, dejando emanar de él otros espíritus? Si tiene el poder creador, todo otro poder que el suyo es inútil y absurdo.

Los maniqueos no se entendían á sí mismos, sosteniendo que el mal principio es el que ha hecho los cuerpos. Si no los ha sacado de la nada, es preciso que la materia de que han sido formados sea eterna, y hé aquí otro tercer principio eterno. ¿Son los cuerpos, así como las almas, porciones de luz sustraídas al buen principio, ó porciones de tinieblas, que no son mas que una privacion? No hay cosa mas ridícula que considerar á los cuerpos como esencialmente malos. Puesto que el cuerpo y alma del hombre se han hecho evidentemente uno para otra, no pueden ser obra de dos principios enemigos; lo mismo podemos decir de todas las partes del universo: la unidad de plan y de designio demuestra evidentemente la accion de un solo criador inteligente y sabio. *Confer. de Arquelao, n. 20.*

3º En el sistema de Manés, los dos principios obran de un modo contrario á su naturaleza: el bueno es impotente, tímido, injusto, imprudente; el malo es mas poderoso, mas sabio, mas hábil. Segun él, antes de la creacion del mundo, la region de la luz, morada del buen principio, estaba desde toda eternidad separada de la region de las tinieblas habitada por el malo; el primero, temiendo una irrupcion de parte de su enemigo, le cedió una parte de las almas, para salvar las demás. Pero estas almas eran parte de su sustancia y no habían cometido pecado alguno; era injusto, pues, abandonarlas para siempre á la tiranía del mal principio. ¿Era de temer que las barreras eternas fuesen destruidas? Así, pues, negándose á reconocer un Dios, único autor del bien y del mal, se le supone malo de todos modos. *Ibid., n. 24, 25, 26; S. Agustin, de Morib. Manich., c. 12, n. 25, etc.*

4º En este mismo sistema, toda religion es inútil, es absurda, nada podemos esperar de nuestra piedad y de nuestras virtudes, y nada tenemos que temer por nuestros crímenes. Por mas que hagamos, el Dios bueno siempre nos será propicio, y el mal principio

siempre contrario. Los dos obran necesariamente segun la inclinacion de su naturaleza y toda la extension de sus fuerzas; todo es pues la consecuencia de una necesidad fatal é inevitable. Ahora bien; en la hipótesis de la fatalidad ya no hay bien ni mal moral; no hay mas que dicha y desdicha, y lo mismo vale suponer que todo es materia. Esta doctrina es destructora de toda ley y de toda sociedad; no sin motivo se han considerado los maniqueos como enemigos de los cuales debia purgarse el mundo. Si no han cometido todos los crímenes de que han sido acusados, no han obrado con consecuencia.

5º No solo les era imposible probar que hay sustancias absolutamente malas por su naturaleza, sino que eran incapaces de hacer ver que hay en el universo, tal como es, mayor cantidad de mal que de bien, y que si á todo atendemos, no puede ser este mundo obra de un Dios bueno. Puesto que de su doctrina se deducía que el mal principio ha sido mas poderoso y mas hábil que el bueno, ¿por qué ha dejado subsistir en el mundo tanto bien como hay? No es menos difícil conciliar el bien que existe con el poder y la malicia del mal principio, que admitir el mal que existe con el poder de un Dios bueno.

6º Finalmente se preguntaba á los maniqueos, puesto que la misma alma obra unas veces bien y otras mal, ¿por cuál de estos principios ha sido criada? Si ha sido el bueno, se sigue que el mal puede nacer de origen de todo bien; si el malo, puede entonces el bien proceder del mismo principio que el mal: así, pues, la máxima fundamental del *maniqueísmo* se encuentra absolutamente falsa y completamente destruida.

No es extraño, pues, que en la conferencia con Arquelao quedase Manés completamente reducido al silencio, y que sus mas hábiles discípulos hubiesen sido confundidos siempre por S. Agustin. Sin fundamento pretenden, pues, los censores de los PP. de la Iglesia, que en vez de refutar á los maniqueos, pareció mas fácil castigarlos.

Es evidente que Zoroastro, el cual suponía que los dos principios habían sido creados por el tiempo sin límites, no podía satisfacer á la dificultad sacada del origen del mal. Antes de crearlos, el Eterno debió prever el mal que resultaría de sus operaciones, y debia abstenerse mas bien de producir nada, que permitir la introduccion del mal por la malicia del mal principio. Bayle no parece haber puesto cuidado en ello.

No se funda mejor este critico diciendo, que á la verdad el sistema de Manés es ab-

surdo en sí mismo, y que es fácil refutarlo directamente; que sin embargo, en los detalles, parece convenir mejor con los fenómenos ordinarios y resolver mejor las objeciones. Está demostrado ya que no resuelve ninguna, ni á nada satisface; y nosotros haremos ver que los PP. no menos han conseguido resolver la gran dificultad del origen del mal, que refutar directamente el *maniqueísmo*. Pero es bueno considerar antes de qué manera los filósofos del último siglo se han valido para satisfacer esta célebre objeción y refutar á Bayle.

V. *Dé que modo ha sido combatido el maniqueísmo en el siglo pasado*. Bayle era un adversario bastante temible, para no llamar la atención de los mejores filósofos. MM. King, Jaquelot, La Placette, Leibnitz, Le Clerc, el P. Malebranche han ejercitado su pluma contra él. No hay dos que hayan sentido los mismos principios, y como frecuentemente sucede, las cuestiones accesorias que han tratado han hecho perder de vista casi siempre el objeto principal. Se trataba de saber si el mundo, tal cual es, puede ser obra de un Dios Omnipotente é infinitamente bueno; tenemos que abreviar mucho los pormenores de esta disputa.

King, arzobispo de Dublin, en un tratado del *Origen del mal*, sentó como principio que Dios ha criado el mundo para ejercer su poder y comunicar su bondad; pero que no siendo bueno con relación á él ningún objeto exterior, las cosas no son buenas sino por haberlas escogido Dios. Dice que Dios ha querido ejercer su bondad, pero del modo mas conforme al designio que tenia de ejercer tambien su poder, y que los males físicos están necesariamente unidos á las leyes que Dios ha establecido para ostentar ese mismo poder. Concluye que la bondad de Dios no exigía que creáse un mundo exento de males físicos, puesto que ese mundo posible no hubiera oido mejor con respecto á él que el nuestro. Observa que el mal moral no es mas que un abuso que hace el hombre de su libertad, y que con respecto á Dios no era mejor precaverlo que permitirlo; que precaviéndolo, se hubiera apartado del plan que habia formado de conducir al hombre por el móvil de las penas y recompensas. Así como Bayle y los maniqueos afectan exagerar la cantidad del mal físico y moral esparcido en la tierra, King la reduce cuanto puede, y hace con respecto á esto algunas reflexiones muy sensatas.

Para refutarlas, empleó Bayle los mismos principios que su adversario. Puesto que,

segun confiesa King, Dios ha criado el mundo, no por su interes ni por su gloria, sino por comunicar su bondad, debia preferir el ejercicio de su bondad al de su poder, y puesto que todo es igualmente bueno respecto de él, debia escoger con preferencia el plan, las leyes, los medios mas ventajosos para las criaturas, lo cual no ha hecho. Mas adelante haremos ver el sofisma que contiene esta réplica de Bayle.

Jaquelot, por el contrario, en una obra titulada: *Conformidad de la fe con la razon*, sentó como principio que Dios ha criado el mundo para su gloria; por consiguiente que ha criado al hombre libre, para que fuese capaz de glorificar á Dios y conocerle por sus obras; que á un ser inteligente y libre, siendo la obra mas perfecta de Dios, faltaria algo en la perfeccion del universo, si el hombre no fuese capaz y libre para producir el mal moral con el abuso de su libertad. Añadió que la bondad de Dios no le obligaba á crear al hombre en el estado de los bienaventurados, porque es un estado de recompensa, en vez de que el de los hombres en la tierra es un estado de prueba.

Bayle respondió: 1º Que Dios, hallando en sí mismo y en sus perfecciones una gloria infinita y una soberana dicha, no puede haber criado el mundo para su gloria; que lo ha criado mas bien por bondad y para tener seres á los cuales pudiera hacer algun bien. 2º Que no se concibe en qué contribuyen el mal físico y el moral á la perfeccion del universo y á la gloria de Dios; que sin despojar al hombre de su libertad, Dios podia hacerle evitar el mal moral ó el pecado; que si el estado de los bienaventurados es mas perfecto que el nuestro, hubiera hecho mejor Dios en colocar en él al hombre que en el estado de prueba. Otro sofisma que en el estado de prueba. Otro sofisma que procuraremos descubrir.

La Placette, en un escrito titulado, *Respuesta á dos objeciones de M. Bayle*, atacó el principio de este crítico, y sostuvo que no está demostrado que Dios haya criado el mundo únicamente por bondad y para hacer á sus criaturas felices; que Dios puede haber tenido designios que nosotros ignoramos. Como Bayle murió cuando La Placette hacia imprimir su obra, no tuvo tiempo para responder; hubiera dicho sin duda que los designios que ignoramos no pueden servirnos para explicar lo que vemos, ni para resolver una dificultad.

Leibnitz, para atacar á Bayle, abrazó el optimismo; pretendió en sus *Ensayos de Teodi-*

cea, que Dios, pronto á crear el universo, habia escogido el mejor de todos los planes posibles; que aunque el permiso del mal haya entrado necesariamente en ese plan, esto no impide que, calculado todo, este mundo sea el mejor que Dios podia hacer. No se puede decir, sin embargo, que Dios ha querido positivamente el mal moral ó el pecado; solo ha querido un mundo en que tuviera cabida el pecado, en el cual este mal fuera compensado por los bienes que de él resultasen.

Nosotros ignoramos lo que Bayle hubiera respondido, si todavía hubiera vivido; pero es evidente que el optimismo restringe temerariamente el poder de Dios, suponiendo que no ha podido hacer otra cosa mejor que la que ha hecho. Esta opinion ataca tambien la libertad divina, sosteniendo que Dios ha escogido necesariamente el plan que ha juzgado mejor, de donde resulta que todo es necesariamente lo que es. En fin, supuesto que el entendimiento humano no puede percibir el sistema físico y moral del universo en su totalidad y en sus diferentes relaciones, somos incapaces de juzgar si el todo es lo mejor posible. V. OPTIMISMO.

Le Clerc ha recurrido á otro expediente: como la mas fuerte objecion de Bayle estribaba sobre la larga duracion del mal físico y moral en este mundo y sobre su eternidad en el otro, Le Clerc, para atenuar esta dificultad, adopta el origenismo, pretendiendo en su *Parrhasiana* que las penas de los condenados terminarian un dia, y que de esta suerte los bienes y los males de esta vida no eran mas que momentos destinados á elevar el alma á la perfeccion y á la felicidad eterna.

Bayle respondió, que si esta hipótesis atenuaba la dificultad sacada de la existencia del mal, no la destruía, que es contrario á la bondad de Dios el conducir las criaturas á la perfeccion por medio del pecado, y á la felicidad por medio de los padecimientos, pudiendo guiarlas á lo mismo por otras vias; tambien hay falsedad en esta respuesta.

Con objeto de dispar completamente todas las objeciones, el padre Malebranche partió del mismo principio que Jaquelot, diciendo que Dios, siendo un Ser soberanamente perfecto, que ama el orden, que ama las cosas en proporcion á lo amables que son, que se ama por consiguiente á sí mismo con un amor infinito; de ahí concluye este filósofo que, en la creacion del mundo, Dios no ha podido proponerse como fin principal sino su propia gloria. No habria, dice, ninguna proporcion entre un mundo finito cual-

quiera y la gloria de Dios, si al crearlo, Dios no se hubiera propuesto la encarnacion del Verbo que da á los homenajes de las criaturas un precio infinito. Por otra parte, Dios infinitamente sabio debe obrar por voluntades generales y no por voluntades particulares: ahora bien; para prevenir todos los pecados, hubiera sido preciso que Dios interrumpiese las leyes generales para seguir las particulares; de donde se deduce que con respecto á las varias perfecciones de Dios, á su bondad, á su sabiduría, á su justicia, ha hecho á sus criaturas todo el bien que podia hacerles.

Este sistema del padre Mallebranche fué atacado por el doctor Arnaldo. Sin examinar las razones que le opuso, nos parece duro no poder responder á objeciones puramente filosóficas y que ocurren naturalmente á la imaginacion de los ignorantes, sino por medio de la revelacion de un misterio tan sublime como el de la encarnacion, y tener la obligacion de saber si era absolutamente necesario el pecado original y sus consecuencias, para que el Verbo divino pudiera encarnar. En segundo lugar, no advertimos en qué sentido, Dios, haciendo milagros, sigue las leyes generales que ha establecido y sobre las cuales está fundado el orden físico del mundo; pasa como cosa constante entre los teólogos, que todo milagro es una excepcion ó derogacion de estas leyes. Todavía percibimos menos en qué sentido un número mayor de gracias eficaces concedidas á los hombres hubieran interrumpido el curso de las leyes generales. En fin esta hipótesis parece suponer, como la de Leibnitz, que Dios ha hecho necesariamente todo lo que ha hecho. Lo expondremos y refutaremos en la palabra OPTIMISMO.

¿No hay un método mas sencillo para resolver las objeciones de los maniqueos? Para satisfacer á ellas, los PP. de la Iglesia no han recurrido á sistemas arbitrarios; no han abrazado el optimismo, ni la fatalidad, ni la hipótesis de las leyes generales. Bayle, en verdad, ha pretendido que si los PP. hubiesen tenido que disputar contra filósofos mas hábiles que los maniqueos, les hubiera costado mas trabajo resolver sus argumentos; nosotros sostenemos, por el contrario, que han refutado de antemano los sofismas de Bayle y de los filósofos de todas las sectas; ignoramos por qué los modernos no han tenido por conveniente atenerse á las verdades establecidas por los PP.

VI. *Respuestas de los PP. de la Iglesia á las objeciones de los maniqueos*. No debemos ol-